

Abdón Ubidia

#### JUYUNGO DE ADALBERTO ORTIZ\*

El ímpetu explorador que caracterizó a los narradores del *realismo social*, en especial a los de la *Generación del 30*, ese afán de aprehensión total de la realidad exterior, la de los demás, dejó de lado un sector nacional rico y sugestivo: los negros de Esmeraldas. Aquel descuido, acaso dio tiempo para que la novela del negro saliese, madura ya, diez años después, del interior de ese mismo grupo humano. No olvidemos que Icaza no fue un indio, ni De la Cuadra un montubio, ni siquiera Malta un "cholo de las islas". Adalberto Ortiz, el formidable autor de *Juyungo* (1943), mulato, esmeraldeño, había vivido, en cambio, el problema de la negritud desde adentro.

Tal circunstancia, sumada a la asimilación crítica de la novela del *realismo social*, de la década anterior, posibilitó la escritura de esta novela espléndida.

Y lo primero que se advierte en ella es justamente eso: la mirada propia; la noción de inmediatez, de cercanía. Empezando por la misma selva esmeraldeña. Ya no es, en este caso, la descripción pictórica, la ilustración minuciosa pero estática que, en la novela *romántica*, cumplía el obvio papel de telón de fondo —muy bien aplastado en sus dos dimensiones—, y muy "por detrás" de los acontecimientos narrados. Al contrario. Aquí la descripción es vívida y vivida. Los elementos de la selva están siempre referidos a los personajes. Conforman su hábitat. Su modo de vida. Aquella profusión no adorna: informa. Tampoco la selva, como ocurre en el *relato criollista*, es, por sí sola, un personaje avasallante. Ni símbolo ni utilería ad-hoc: en *Juyungo* es un referente real ineludible, tal y como son los otros escenarios: la ciudad de Esmeraldas, Santo Domingo de los Colorados, Pepepán, la aldea de pescadores, cualquiera de los sitios por los que deambulan Ascención Lastre y sus gentes. Esta, una primera precisión.

Otra: *Juyungo*, aúna su intención social a un debate antropológico. En este sentido, Ortiz está más cerca del Arguedas de *Los ríos profundos* que del Icaza de *Huasiungo*. Rituales, tradiciones, historia, mitos, coplas, proverbios negroides, adensan la atmósfera lujuriente que respira la novela.

*Juyungo* habla en el interior de una cosmovisión, de una sabiduría de la vida que asume y cuestiona a un tiempo. Allí se sitúa el conflicto soterrado, nunca explícito ni violento, que inquieta a Ascensión Lastre. El que siempre ha sido un negro entre indios o un negro entre blancos, no es tampoco un negro entre otros negros. De muy niño huye del primitivismo del hogar paterno. Los indios cayapas, a quienes se junta, le darán el mote de Juyungo, que, en su lengua, quiere decir por igual: malo, mono, demonio, negro.

Un largo peregrinaje que lo llevará luego por diversas regiones de la provincia de Esmeraldas, hasta Santo Domingo de los Colorados, le deja como secuela una constatación: ha perdido, con asombro y disgusto, su instinto racista: cada vez odia menos a los blancos y, ante sus ojos y muy a su pesar, un indio y un negro pobres se parecen mucho. Ese peregrinaje tiene, pues, en el fondo, para él, un sentido doble: es la búsqueda de un lugar en el mundo, pero es también la búsqueda de una conciencia del mundo.

Precariamente encuentra el lugar: es la isla de Pepepán, el sitio en donde habitan los suyos. Allí lleva a su mujer que es una blanca. Pronto descubrirá, sin embargo, que no existen islas felices. El espíritu integrador, hegemónico del país y su Estado, o de su poder constituido, las más de las veces se traduce en despojo. Eso pasa con Pepepán.

Destruída la isla feliz, ese héroe fuerte y magnánimo que es Juyungo, intentará un nuevo camino: unir su destino al de la nación (el Estado nacional) que, de una u otra manera, lo reclama. Se enrola en el ejército que marcha a combatir a los invasores peruanos de 1941. Una vez más es un negro entre los indios y los cholos que conforman la tropa. Está, como al comienzo, entre los cayapas.

Esta simetría, señala, desde luego, un salto cualitativo de su conciencia: antes, el hecho de ser un negro entre indios lo aislaba: ahora lo integra. Sin beneficio de inventario para su vida, ha trocado la nostalgia de una identidad cultural o racial, por una conciencia del mundo que, en su caso, es una conciencia de clase.

Pero tampoco esa toma de conciencia será, para su desgracia, definitiva. Rota esa conciencia, esa manera de ordenar y entender el mundo que tanto trabajo le costó construir, no le quedará otra salida que el caos y la locura. En la última escena de la obra, inmerso en una guerra que divide a los hombres de otra manera, por los límites territoriales y no por la raza o la clase social a la que pertenecen, desnudo, enloquecido, confundido en la noche, mirando la fogata de los soldados enemigos, se siente, sin embargo, una vez más, un negro entre indios: una vez más, el mito y la ideología se estrellan contra la realidad. Pero en esa colisión, en medio del estrépito del combate, Juyungo ha de sucumbir.

\*De El cristal con que se mira (inédito).